noche, en los fosos de Caylus! — exclamó una voz sonora y grave.

Esto acababa de ser pronunciado por la princesa de Lorena, duquesa viuda de Nevers, señora alta de aspecto altivo que, habiendo sabido el regreso de su nieto, acababa de llegar á París y de penetrar en casa de su hija sin que la anunciasen.

En cualquiera otra circunstancia, la entrada de la duquesa hubiera sido un acontecimiento; pero en aquel instante absorbía á todos el drama que desarrollaba su último acto.

— ¡Ah! ¡ese canalla no morirá sino por mi mano! — gritó el joven duque, desesperado de dolor.

César Cabalus había abierto el cuerpo de Marina y estancaba la sangre.

Cocardasse y Passepoil entraron con la orejas gachas: el ágil italiano se les había escapado una vez más de las manos.

Marina volvía en sí. Al recobrar el conocimiento, dirigió una mirada indefinible al joven duque, y atrayendo el oído de éste contra sus labios, murmuró:

— ¡Puesto que Dios me llama, Felipe, puesto que me permite morir por ti, puedo declararte que... te amo!...

— Esto no es nada, nada, nada — pronunció doctoralmente el doctor Cabalus. — Con mi sistema, hago yo milagros. Entre mis manos, el sujeto tiene á lo sumo para quince días...

Enderezóse Felipe mientras la cabeza de Marina volvía á caer contra los almohadones; la palidez de la una se reflejaba en el rostro del otro.

XI

PENAS Y ALEGRÍAS

Un mes después de tan movida recepción, una hermosa mañana de Enero, que el sol, aunque pálido, alegraba con sus rayos, la iglesia de san Pablo lucía magníficos y suntuosos tapices.

Una muchedumbre elegante, compuesta de la flor y nata de la nobleza, llenaba las naves del templo.

Se celebraba la boda del nuevo duque de Lagardère-Nevers, con la señorita Olimpia de Chaverny.

El rey asistía á la ceremonia.

Quería indicar con su presencia lo mucho que apreciaba á los jóvenes esposos.

También se hallaba presente la señora princesa de Lorena.

El general Chevert y el capitán Tresmes eran los testigos del marido.

En cuanto á la hija del marqués, había tenido las

firmas de Mauricio de Sajonia y el duque de Lauzun.

Olimpia y Felipe estaban arrodillados ante el altar.

Creían soñar y dudaban de su felicidad.

Ellos que, tres meses antes, pensaban verse separados uno de otro por obstáculos infranqueables, se veían ahora unidos para siempre.

Y daban gracias á Dios por la inmensa felicidad á que se había dignado llamarlos.

Mientras oficiaba el sacerdote, el órgano esparcía acentos melodiosos por la multitud recogida, cerniendo sus almas por la serenas regiones de la armonía.

Todo era embriaguez y gozo.

Dos personas únicamente no compartían la alegría general.

Una de ellas era una joven colocada en las primeras filas al lado de la condesa y que trataba de ocultar la extremada palidez de que estaban cubiertas sus facciones, teniendo constantemente la cabeza inclinada contra su devocionario.

Esta joven era Marina.

Dios no aceptó su sacrificio y no quiso tomar su vida. Verdadera ó falsa, la ciencia de Cabalus la había curado rápidamente.

Había sido adoptaba por Aurora, que la consideraba como verdadera hermana de Felipe, es decir, como á su propia hija.

— Sus padres cuidaron de la infancia de mi hijo — le había dicho, — ¡pues bien! yo seré para usted una madre... En lo sucesivo, será usted mi hija.

Pero á pesar de la ternura de que la rodeaba la condesa, no obstante el brillante porvenir que le aguardaba, Marina no podía ser feliz.

El pequeño ser á quien ya sentía estremecerse en su seno y que era fruto de la infamia; la pasión que por Felipe alimentaba y cuya herida continuaba siempre sangrando en su corazón, eran para ella dos causas de constante padecer.

Mas, en medio de todo, estaba resignada : sufriría con valor la rigurosa suerte que le imponía el destino, aguardando que Dios consintiera en llamarla á sí, lo cual esperaba ella que fuese pronto.

La otra persona era una religiosa.

Oculta tras un pilar é inclinada en actitud de orar, parecía extraña á cuanto pasaba á su lado.

Sin embargo, á veces dirigía la vista hacia Olimpia y Felipe.

Entonces, una sombra le invadía la frente y del pecho se le escapaba un suspiro; pero, desviando en seguida los ojos de los nuevos cónyuges, obligaba á su rostro á serenarse y volvía á rezar con fervor.

Esta religiosa, como se supondrá, era Bathilde de Wendel.

Al retirarse del hotel de Nevers la noche de su confesión, había dicho á la condesa :

— He entrado en su casa con la desesperación en el corazón, señora; gracias á su generosa indulgencia, salgo apaciguada, casi feliz... Mañana, estaré retirada del mundo para siempre... Voy á pronunciar votos irrevocables...

Y había cumplido su palabra.

Como anunció, habíase retirado del mundo, entrando en la comunidad de damas de Picpus, orden de regla excesivamente severa.

Terminada la ceremonia, los concurrentes, y Luis XV el primero, fueron á dar la enhorabuena á los recién casados.

Rara vez se veía tan hermosa pareja.

Felipe, con su rostro encantador, sus largos cabellos rizados flotantes sobre los hombros y el esbelto talle, parecía un semidiós.

Olimpia era una primavera en flor.

Cuando uno y otra se vieron al fin libres, encamináronse hacia la salida de la iglesia.

Junto á la puerta, estaban Cocardasse, Passepoil y Bonifacio que habían querido presenciar también la boda del « hijo de Lagardère ».

— ¡Ah! chiquitín — exclamó Cocardasse al pasar Felipe á su lado, — ya le dije en Ostende que á veces, cuando menos se piensa...

Pero un violento codazo, que le dió Amable en el costado, le cortó la frase.

— Ten cuidado, Cocardasse — le dijo. — Hay que guardar las formas...

Y dirigiéndose á Felipe, añadió :

— Señor duque, dispénsele... no conoce las costumbres... ¡Por vida de!...

— ¡Ah! amigos míos — respondió, emocionado, el joven; — ya os he dicho que, para vosotros, quiero ser siempre el sargento Felipe, nada más que el sargento Felipe...

Por lo tanto, no hablemos nunca de títulos ni jerarquías... Me parece que se alteraría nuestra amistad.

Y tú, Bonifacio, como si dijéramos mi hermano, seremos uno y otro lo que hemos sido hasta ahora, ¿me entiendes?, de los contrario, no te querré.

Bonifacio sentía que le flaqueaban las piernas; la alegría y el enternecimiento le sofocaban.

Aquella misma noche, Felipe y Olimpia abandonaron á París, para emprender un viaje de algunas semanas.

Querían aislarse en su felicidad, que tan cara habían conquistado.

No los turbemos... tal vez, más adelante, tengan que volver á padecer...

. . . . . .

Poco tenemos ya que decir de los diferentes personajes que entran en escena en este relato.

Helouin, enriquecido por la condesa, que le había obligado á aceptar una gran cantidad en remuneración de sus servicios, hubiera fácilmente podido vivir tranquilo y descansar por fin de sus largas fatigas; pero su inclinación á inmiscuirse en los asuntos ajenos. hizo que continuase todavía su oficio de policía aficionado.

Parece ser que hallaba en ello goces que en vano hubiera buscado en otras ocupaciones.

Para un espíritu inquisidor como el suyo, registrar el alma humana, sondearla hasta en sus menores repliegues, debía de ser, en efecto, de gran interés.

Por otra parte, él se decía, y no sin razón :

— El día menos pensado, acaso me necesitarán los

Lagardère-Nevers... ¡procuremos no perder las facultades por la inacción!

Zeno, el extraño embajador, creyó prudente resignar sus funciones.

Aunque el carácter oficial de que estaba investido le asegurase cierta impunidad, comprendió que, después de su atentado contra Felipe no le sería ya posible aparecer en su presencia.

Y como ahora no dejaría de encontrarlo á menudo en la corte, creyó prudente cederle el puesto, á lo menos por algún tiempo, regresando á Venecia para fundar un nuevo garito.

Pero, como, según las previsiones de Helouin, había heredado el famoso odio de Peyrolles, conservaba la esperanza de volver algún día para tomar el desquite.

El señor de Fonty habíase alejado también de París, so pretexto de que su médico le había recomendado el aire del campo.

Algunos aseguraban que era para curarse la famosa herida que había recibido en Fontenoy, cargando á la cabeza de su compañía.

En cuanto á Cocardasse, que se hizo inseparable de Passepoil, había tomado pupilaje gratuito en casa de éste, y ambos no hacían sino felicitarse por tan estrecha amistad.

Sabemos que Maturina, aunque excelente en el fondo, tenía frecuentemente las manos largas.

Así es que, si antes era Passepoil quien sufría los efectos de su mal humor, no ocurría lo mismo desde que el hogar había aumentado con un tercero.

Como Cocardasse estaba constantemente allí, al primer calentamiento de su bilis, la señora de Passepoil largaba un buen sopapo al soldado... sopapo maestro que sonaba como una campanada.

Pero lo raro es que el viejo gascón no cabía en sí de gozo al recibir las caricias de semejante mujer, y exclamaba, dirigiendo á su ídolo una mirada lánguida:

— ¡Qué mujer, Dios mío!... ¡Qué mujer!... ¡No sabe Amable lo que tiene!... ¡no, no lo sabe!... ¡esto es el paraíso!...

Un día Cocardasse, hablando en serio, dijo:

— ¡Con tal de que Olimpia nos dé una linda niña!

— Un niño, querido — díjole Amable.

— No, una niña...

— ¡Oh! no os peleéis por eso — díjo Bonifacio — ¡tal vez tenga la duquesa un par de golpe, para daros gusto!

— ¡Ah! ¡Gran Dios! — clamaron á una los dos maestros — ¡entonces tendremos que proteger á los gemelos de Nevers!

Y mirándose uno á otro, pensaron mutuamente:

— El pobre amigo es muy viejo... ¿llegará á verlos? (1).

(1) La obra que termina se titula: *Los Gemelos de Nevers.*